

de *Testability and Meaning*, en general acertadas, no tendrían tanta fuerza ante el pensamiento, más sutil, de Carnap.

En el último trabajo, “Probabilidad bayesiana, probabilidad frecuencial y la teoría carnapiana de la inferencia estadística”, Andrés Rivadulla analiza críticamente el esfuerzo de Carnap por ofrecer una interpretación sintetizadora del concepto subjetivo-bayesiano y del frecuencial de probabilidad. Se somete el nuevo concepto carnapiano de probabilidad a una evaluación tanto teórica como práctica para constatar finalmente que la identificación de la teoría de la probabilidad con la lógica inductiva no termina de eliminar la equivocidad que afectaba al viejo concepto de probabilidad.

El libro concluye con un completo ‘Repertorio bibliográfico’, tanto en el registro introductorio como en el más especializado, que permite un pleno acercamiento al programa filosófico carnapiano en sus múltiples dimensiones.

Así pues, esta obra constituye una buena contribución no sólo en el orden específico de la profundización en la filosofía de Carnap, sino en el general del replanteamiento de los problemas suscitados por una figura que ha desempeñado un papel medular en la filosofía del siglo XX. El conjunto de los artículos ofrece una excelente perspectiva para la comprensión e interpretación de una filosofía que, como la de Carnap, se fundamenta en el análisis riguroso de los lenguajes.

XABIER EIZAGIRRE

Ramón Cirera, *Carnap and the Vienna Circle. Empiricism and Logical Syntax*, Rodopi, Amsterdam/Atlanta, GA, 1994, 398pp.

Ocuparse del pensamiento de Rudolf Carnap será siempre, por su complejidad intrínseca, un desafío filosófico de primer orden. Si además tomamos en cuenta factores como una cierta aridez de estilo, un alto grado de formalización, una copiosa cantidad de tecnicismos, el carácter novedoso y provocativo de muchas tesis, habremos de reconocer que sólo una gran familiaridad y

compenetración con la filosofía carnapiana y, más en general, con los problemas y debates de la filosofía contemporánea viva, permitiría escribir un libro en el que el autor no se extraviara por los fáciles senderos de la incomprensión y la distorsión. Pero si además de una reconstrucción fiel y bien argumentada de una filosofía tan íntimamente asociada con la lógica y la ciencia, como lo es la de Carnap, lo que se nos proporciona es una exposición magistral, una presentación que hace al material estudiado no sólo comprensible sino atractivo, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el libro en cuestión es excelente y, dan ganas de decir, obligatorio. Tal es el caso del libro (escrito originalmente en catalán) de Ramón Cirera que ahora reseño. En lo que sigue haré una veloz presentación, es decir, una presentación global, del contenido del libro para, posteriormente, comentar diversas facetas de la obra.

El trabajo de Cirera tiene una cualidad rara vez presente en libros de historia de la filosofía: la reconstrucción de ideas efectuada por el autor tiene como marco la reconstrucción de sus respectivos contextos históricos. Este doble trabajo histórico hace que, automáticamente, las tesis expuestas adquieran una fuerza que se pierde en las exposiciones convencionales en las que las tesis filosóficas son presentadas como en un vacío o en un invernadero cultural. En el libro de Cirera la exposición no se reduce a una mera enumeración de tesis, por originales e importantes que sean, sino que éstas son presentadas, por así decirlo, en movimiento, con vida: se nos describe la atmósfera intelectual en la que se gestaron, qué ideas alternativas estaban en circulación, cómo influyeron pensadores clave del momento. Como el título mismo lo indica, el libro versa básicamente sobre el pensamiento de Carnap, en especial sobre el periodo de más o menos 10 años durante el cual fue miembro prominente del célebre “Círculo de Viena”. A grandes rasgos, por consiguiente, el libro abarca un periodo que va de *Der logische Aufbau der Welt* hasta *Testability and Meaning*. Empero, la verdad es que el libro de Cirera es mucho más que eso, pues contiene multitud de aclaraciones pertinentes, históricamente importantes y poco conocidas sobre las relaciones filosóficas entre, por una parte, Carnap y, por la otra, Wittgenstein, Neurath, Schlick, Quine, Tarski, Frege, Popper y Gödel, fundamentalmente. En todo caso, el cuadro final que brota del texto es notablemente diferente

al que nos tenía acostumbrados la gran mayoría de los escritos sobre Carnap y el Círculo de Viena. Antes de entrar en detalles, será conveniente decir unas cuantas palabras sobre este punto en particular.

La imagen general más difundida de Carnap es la de una especie de sacerdote verificacionista, radical y dogmático, anti-metafísico rabioso y miembro de un club de filósofos empiristas y pancientificistas con ningún otro interés en la vida que el estudio de la sintaxis lógica del lenguaje. Es intuitivamente obvio que algo debe estar mal en esto que de hecho no pasa de ser una caricatura. No sólo el pensamiento de Carnap era mucho más sutil de lo que etiquetas tan gruesas como éstas hacen pensar sino que, si Cirera tiene razón, la concepción tradicional o heredada equivale a una burda alteración de los hechos. Por una parte, a todo lo largo y ancho del libro, pero en especial en los capítulos dedicados a Schlick, a Wittgenstein y a Neurath, Cirera se esfuerza (exitosamente, en mi opinión) por mostrar que ni mucho menos era el Círculo de Viena tan compacto como en general se le ha presentado, en especial por los pensadores ingleses (vgr., Ayer), así como tampoco eran todos ellos ajenos a las transformaciones políticas de la época. Y, en segundo lugar, la distorsión concierne no sólo al papel histórico del Círculo de Viena sino también a los contenidos de la filosofía de Carnap. Esto es algo que queda irrefragablemente establecido en el minucioso repaso que hace Cirera de los grandes temas del pensar carnapiano, como el construccionismo, la importante tesis del fisicalismo y la unidad de la ciencia, la distinción entre los modos material y formal de hablar, el convencionalismo y la teoría sintáctica de la verdad lógica, temas que aunque sea someramente debemos ahora pasar a considerar.

Básicamente, el libro se compone de dos capítulos histórico-filosóficos y cinco estrictamente filosóficos. Los capítulos del segundo grupo están consagrados fundamentalmente a *La construcción lógica del mundo*, los escritos de la primera mitad de los años 30, *La sintaxis lógica del lenguaje* y *Testability and Meaning*. Recojamos, pues, en la síntesis que de ellas nos da Cirera, las líneas de pensamiento más importantes de Carnap.

El *Aufbau* tiene como objetivo “construir” el mundo a partir de ciertos elementos básicos y de una relación fundamental. Los “objetos” primordiales son experiencias elementales y la relación

en cuestión es la de “recuerdo de semejanza”. En realidad, el programa no es otro que el esbozado por Russell en *Our Knowledge of the External World*, sólo que lo que allí no pasa de ser un conjunto de lineamientos y directivas generales se vuelve en el libro de Carnap un trabajo concreto de construcción de los objetos (“cuasiobjetos”) a partir de “lo dado”. El programa está obviamente inspirado por el construccionismo en matemáticas (e.g., la construcción de los números racionales a partir de conjuntos de números enteros). No deja de ser curioso, empero, que en el fondo hablar “lo dado” no pase de ser una mera *façon de parler*, puesto que no hay aquí ningún ego involucrado. Claramente, está aquí operando el famoso “solipsismo metodológico” de Carnap, para quien su adopción no tiene implicaciones metafísicas: es por razones estrictamente epistemológicas que se asume dicha perspectiva, puesto que de lo que se trata en última instancia es de ofrecer una “reconstrucción racional del proceso de conocimiento”. La idea es que al hablar de “lo dado” se habla de *cualquier* sujeto que quiera dar cuenta del conocimiento. El peso de la explicación, por lo tanto, recae no tanto sobre los “contenidos”, sino sobre la estructura del sistema. Un proyecto filosófico como el del *Aufbau* presupone toda una concepción de la comunicación: si el lenguaje es intersubjetivo es porque lo que se transmite es su forma estructural. Esto es importante. Por ejemplo, Carnap cree en la posibilidad de un lenguaje sin nombres propios, operando únicamente a través de descripciones estructurales. Vale la pena notar que esta primera filosofía de Carnap no es de naturaleza lingüística, es decir, no se funda en consideraciones acerca del significado, sino que su motivación es más bien de carácter epistemológico. De igual modo, tampoco es el Carnap del *Aufbau* un radical antimetafísico: para él, la metafísica era simplemente aquel campo de controversias que los datos empíricos y los resultados de la ciencia no permiten decidir, es decir, respecto a los cuales son neutrales. Muy interesante resulta, asimismo, el *rapprochement* que Cirera efectúa con la teoría kantiana del conocimiento y su refinamiento por parte de Carnap, a pesar del radical y permanente rechazo de este último de toda clase de verdades sintéticas *a priori*.

Cirera da cuenta de manera muy completa y detallada del fisicalismo de Carnap, esto es, de la posición que representa o constituye una segunda gran fase dentro del periodo considera-

do. El autor presenta con gran acierto la ensalada de posiciones ensayadas por Carnap, así como las tensiones que las sacuden. Así, entre los elementos más importantes del periodo inmediatamente posterior al del *Aufbau* durante el cual Carnap desarrolla su tesis fisicalista, nos encontramos con el logicismo de Russell, enriquecido por un convencionalismo radical respecto a lo que ha de pasar por verdad lógica, el antipsicologismo de Frege, la distinción “modo formal-modo material” de hablar y por ende la distinción “lenguaje-objeto – metalenguaje”, el principio de verificación (que, como veremos, según Cirera es simplemente irrelevante para el programa de Carnap), la idea de que se “define” un lenguaje al especificar su vocabulario y sus reglas de formación y transformación y la idea de enunciado protocolar. Cirera muestra cómo la influencia no digerida de nuevos pensamientos del Wittgenstein de principios de los años 30 hace que Carnap reinterprete su propia obra y que, por increíble que parezca, la vuelva incoherente. El elemento verificacionista es aquí completamente ajeno al proyecto original. La idea de Carnap era más bien que el esclarecimiento de una oración se logra al establecer de qué oraciones protocolares es deducible la oración en cuestión y qué oraciones protocolares se deducen de ella, pero para determinar eso consideraciones de forma lógica debían bastar. No se requería la “contrastación con la experiencia”. ¿Para qué hablar entonces de “verificación”?

El llamado a la noción de verificación se explica cuando entendemos que mucho del trabajo de Carnap emerge como una reacción frente al *Tractatus*, en particular frente a las consecuencias que Wittgenstein extrae en relación con “lo indecible”, y que un modo de salir de ese aparente pantano era recurriendo a la noción de verificación, en la que el propio Wittgenstein estaba insistiendo; y, en segundo lugar, porque, inspirado por Neurath, Carnap se aferra a la idea de la unidad del conocimiento empírico, esto es, de la ciencia. A este respecto, lo que ellos sostenían es que las ciencias empíricas lo son no en virtud de alguna conexión especial con la “experiencia”, en el sentido empirista del término, sino por la conexión especial que mantienen sus oraciones con los enunciados protocolares. La unidad de la ciencia es la unidad de su lenguaje, la idea de que hay un lenguaje universal al cual son traducibles todos los enunciados de todas las ciencias y, naturalmente, se suponía que dicho lenguaje era el de la física.

De ahí el mote de ‘fiscalismo’. La legitimidad de la ciencia, por lo tanto, no se decide por la “confrontación con la experiencia”, como parece exigirlo el principio de verificación, sino a través de las relaciones formales entre distintas clases de oraciones. Lo único que importaba, por lo tanto, era la sintaxis lógica, la “geometría pura de los patrones lingüísticos”. La idea de verificación la aplica Carnap, desviándose de su propio pensamiento, en su famoso artículo “La superación de la metafísica por medio del análisis lógico del lenguaje”, pero —como Cirera acertadamente lo señala— su rechazo de la metafísica era previo a su contagio de las nuevas ideas de Wittgenstein. La apreciación global no deja de ser sorprendente: “In a word, the verification principle is incompatible with all the postures adopted by Carnap during these years, and if Carnap defends it, it is not because he obtained it as a consequence of his ideas, but above all because it gave him an empiricist (that is, according to him, objective) method of sustaining the rejection of metaphysics. This rejection was, however, prior to the arguments offered in the article” (pp. 166–167). No es fácil de creer que alguien pueda malinterpretar su propio trabajo a la manera como (si Cirera está en lo cierto) Carnap lo hizo, pero esta curiosidad histórica *prima facie* increíble es un resultado del certero examen de Cirera, gracias al cual podemos desembarazarnos ya del cuadro que durante tanto tiempo se nos pintó de Carnap y de su entorno.

Cirera muestra que, a diferencia de lo que pasaba con Wittgenstein, el rechazo de la metafísica por parte de Carnap no es un rechazo de la filosofía *in toto*. Para este último, la filosofía se convierte simplemente en la lógica del discurso científico. Esto permite entender la influencia de Popper sobre Carnap. Para evitar toda clase de “pseudoracionalismo fundacionista”, Carnap adopta, desde principios de los años 30, la idea popperiana de que el carácter empírico de las oraciones de la ciencia procede de la aplicación de una determinada “metodología”. A final de cuentas, todo depende de la utilidad que tenga una determinada oración para el conjunto de las ciencias. Cirera detecta dos tesis popperianas incrustadas en el pensamiento del Carnap de aquel periodo: a) la idea de que la justificación de una oración es una operación lógica que tiene que ver con otras oraciones, no con experiencias o hechos; b) la idea de que no hay proposiciones intocables, incorregibles. El autor menciona una tercera, pero

si todo lo que ha dicho es correcto, difícilmente podría tratarse de una “aportación” de Popper. Me refiero a la idea de que la distinción “modo formal/modo material de hablar” es útil. Asimismo, se nos revelan los límites de la asimilación por parte de Carnap de las ideas de Neurath. En síntesis, el fisicalismo de Carnap consiste en aceptar el lenguaje de la física como el único modo de preservar la objetividad e intersubjetividad de la ciencia. Dicho fisicalismo brota del abandono del estructuralismo del *Aufbau*.

La siguiente gran fase en la evolución del pensamiento carnapiano lo constituye el importante libro *Logische Syntax der Sprache*. En él convergen diversas líneas de pensamiento, que Carnap amalgama y desarrolla en forma propia. Nos encontramos, por ejemplo, con una curiosa combinación de logicismo y formalismo (algo que ni Hilbert ni Russell habrían considerado posible), con la tesis (extraída del *Tractatus*) acerca del carácter tautológico de las verdades de la lógica y de las matemáticas (lo cual, como es bien sabido, no era lo que Wittgenstein sostenía); Carnap exhibe su temprana asimilación de los resultados de Gödel, al grado de que utiliza lo que podría quizá denominarse el ‘método de la aritmetización de la sintaxis’ para la construcción de uno de los dos lenguajes artificiales con los que trabaja en su libro. Quizá no sería un error sostener que Cirera reconstruye de una manera como ni Carnap mismo habría logrado hacerlo los problemas que llevaron al filósofo por las sendas del convencionalismo y del sintactismo. Filosóficamente, la gran aportación de *Logische Syntax der Sprache* es la explicación, en el bien conocido sentido carnapiano, de las nociones de verdad lógica y de analiticidad.

El principal objetivo de *Logische Syntax* es desarrollar una teoría científica del lenguaje. Para ello, obviamente, había que desprenderse de todo “lo empírico”. En particular, era preciso desentenderse de todo lo que tuviera que ver con el significado de los signos. Esto explica el sintactismo de Carnap. Dado que éste no habla del lenguaje sino de lenguajes y que éstos son vistos como estructuras axiomáticas, la función de la sintaxis lógica se reduce a mostrar cómo los enunciados de la lógica y las matemáticas son verdaderos única y exclusivamente en virtud de ciertas convenciones lingüísticas. Una sorprendente implicación de esto es que, desde la perspectiva de Carnap, cada lenguaje acarrea

consigo su propia idea de verdad formal. Las características más importantes de las verdades formales o lógicas son que carecen de contenido y que son el resultado de convenciones. Se trata de “verdades por convención”. La noción de analiticidad, por otra parte, también resulta ser una noción puramente sintáctica. De igual modo, Carnap pensaba, en concordancia con su parcial antifundacionalismo neurathiano, que también las definiciones básicas de las ciencias empíricas (y en especial de la física) son meras convenciones: simplemente optamos por las que más nos convienen, por las que nos resultan más prácticas. Esta posición queda plasmada en el famoso “principio de tolerancia”. Es obvio, empero, que aquí se plantea un problema, porque ¿cómo diferenciar entre las convenciones lógicas y las convenciones no lógicas o “empíricas”? Para Carnap, la respuesta no podía ser más que de carácter sintáctico y tiene que ver tanto con el vocabulario como con el modo de validación: unas resultan directamente de convenciones lingüísticas en tanto que las del otro grupo se conectan de cierto modo con los enunciados protocolares. Es en función de estos últimos que quedan validadas o no. Y el convencionalismo se mantiene porque qué sea un enunciado protocolar para un lenguaje es, una vez más, el resultado de una convención. Vale la pena observar que mucho del esfuerzo de Carnap estaba dirigido en contra del psicologismo y la solución que encontró para no incurrir en él fue la de elaborar una “teoría del lenguaje”. En esto consiste parte de su originalidad: en haber desarrollado una teoría del lenguaje por medio de una noción no empírica de lenguaje.

Sería injusto inducir a pensar que el capítulo dedicado a *Logische Syntax* es una mera reconstrucción de puntos de vista defendidos por Carnap. En este sentido, el libro es de una unidad espléndida: en todos los capítulos en los que se examina el pensamiento de Carnap se presentan sus tesis y, si bien no se discuten a fondo los problemas, no se dejan pasar las deficiencias de sus diversos enfoques, las incogruencias de sus diferentes puntos de vista, las dificultades filosóficas involucradas en sus posiciones. Al igual que los demás capítulos, éste encierra un buen número de discusiones pertinentes de objeciones clásicas a las posiciones carnapianas, presentadas de manera extraordinariamente clara. Están, por ejemplo, la objeción de Quine de que a lo sumo lo que Carnap logra es definir ‘analítico’ en *L*, la de Strawson de



que el método mismo de reconstrucción racional no permite, ni siquiera en el mejor de los casos, esclarecer los conceptos filosóficamente problemáticos, y la pseudorefutación carnapiana del punto de vista de Wittgenstein de que el lenguaje no puede autodefinir su propia sintaxis lógica y sus propias categorías. Si lo que digo de este capítulo vale, como creo que es el caso, para los otros, se puede tener una idea de qué tan cuidadoso y completo es el libro producido por Cirera.

Un mérito innegable del libro de Cirera es que su reconstrucción nos permite captar el pensamiento de Carnap, por así decirlo, “en movimiento”. Particularmente interesante es, por ello, la exposición en la que se explica el (forzado) abandono gradual por parte de Carnap del sintactismo y su paulatina aceptación de la semántica. Dicha aceptación, sin embargo, es desde luego *sui generis* y responde a las tensiones que se fueron acumulando debido a la publicación de nuevos resultados, imposibles de rechazar, como la teoría tarskiana de la verdad y los teoremas de Gödel. Veamos esto rápidamente.

Carnap fue poco a poco cayendo en la cuenta de que un enfoque pura o estrictamente sintáctico era insuficiente para la elaboración de un lenguaje para la ciencia. Recordemos que, de acuerdo con *Logische Syntax*, las estructuras de los lenguajes se escogen, en el sentido de que se estipulan las reglas de formación y de transformación de las oraciones, incluyendo claro está a las protocolares, y que una verdad lógica es simplemente una verdad analíticamente verdadera en tanto que una verdad sintética se valida por sus relaciones lógicas con las oraciones protocolares. El convencionalismo de Carnap vale para ambas clases de verdades puesto que, como ya se dijo, la forma lógica de las oraciones protocolares es arbitraria. Aquí, empero, empiezan a manifestarse los problemas. Por ejemplo ¿cómo conciliar la prioridad que se le concede al lenguaje fisicalista con el principio de tolerancia? Esto ha llevado a pensar, como bien lo consigna Cirera, que el convencionalismo de Carnap era más aparente que real (y yo añadiría lo mismo de su “tolerancia”. Véase, por ejemplo, mi artículo “La intolerancia semántica de Rudolf Carnap”, *Cuadernos de Filosofía*, año XXIII, no. 37, 1992, Buenos Aires). Habría que tener presente, sin embargo, que, en contra de Wittgenstein (quien prefería hablar de “el lenguaje”) y de Russell (quien creía que se podía construir un lenguaje lógicamente perfecto), Car-

nap aspiraba a legitimizar toda clase de lenguajes formales ya para entonces existentes y, sobre todo, los potenciales. Para él, por consiguiente, era filosóficamente erróneo privilegiar un lenguaje en particular, fuera el que fuere. Pero ¿no era precisamente eso lo que él estaba haciendo al proponer su lenguaje fisicalista? Por otra parte y como buen fregeano que era, Carnap aspiraba a desechar en su teoría del lenguaje toda clase de psicologismo, lo cual explica su pasión por desarrollar teorías estrictamente formales. Pero entonces era natural que él viera como su labor filosófica proponer un lenguaje para la ciencia para cuya elaboración no se tuviera que hablar de los significados (en el sentido de entidades extralingüísticas) de las expresiones involucradas. Carnap requería, por lo tanto, de una noción puramente sintáctica de significado. Ahora bien, los lenguajes artificiales de hecho elaborados por él presuponen, por la introducción de expresiones descriptivas, el manejo de nociones semánticas, como la de verdad. Para resolver esta dificultad, Carnap intentará en el periodo posterior a *Logische Syntax* elaborar nuevos métodos de prueba que pudieran ser considerados (como era de esperarse) meramente sintácticos. Es claro, sin embargo, que el esfuerzo es fallido y que su método era inevitablemente de carácter semántico, con lo cual su sintactismo llega a un término. Empero, en su intento por mantenerlo, Carnap distingue dos clases de semántica: la “empírica”, que correspondería a lo que en general conocemos como ‘teoría del significado’, y la semántica puramente formal. Desde este punto de vista, las reglas sintácticas y semánticas, definitorias de los “sistemas semánticos”, no serían vistas como aseveraciones empíricas y de todos modos permitirían definir nociones como las de verdad lógica, consecuencia y equivalencia lógica.

Hablar de nociones semánticas es aludir a la noción de verdad. Cabe entonces preguntar: ¿qué teoría de la verdad podía Carnap hacer suya? Con Cirera hacemos el recorrido que lleva de la concepción de ‘oración verdadera = oración aceptada’ a la concepción tarskiana de la verdad, pasando por la de verdad como “desentrecomillado”. Por otra parte, como ya mencioné, los resultados de Gödel de hecho representaron para Carnap un duro golpe, puesto que a partir de ellos resultaba ya imposible seguir defendiendo la equivalencia de “verdad” y “demostrabilidad”.

El último capítulo está consagrado a las tesis centrales de *'Testability and Meaning'*. El autor examina las nuevas formulaciones de puntos de vista defendidos por Carnap de principio a fin de su carrera filosófica. Para lo que fue el último periodo de Carnap como miembro activo del Círculo de Viena, la meta central era básicamente elaborar un lenguaje adecuado para la ciencia, entendida esta última no como el proceso de adquisición de conocimiento, sino simplemente como un sistema estructurado de oraciones. De acuerdo con Carnap, la justificación de las oraciones sólo puede darse al interior de un lenguaje, que es obviamente el resultado de convenciones, en el sentido ya aclarado. Cada lenguaje promueve una cierta imagen del mundo. No hay, desde luego, nada externo a las reglas que permita justificarlas. En este punto se podría haber trazado, cosa que Cirera desafortunadamente no hace, un paralelismo más con el pensamiento de Wittgenstein y que creo que habría resultado iluminador. Me refiero a la idea de que la gramática no está condicionada por nada. En todo caso, lo que según Carnap "justifica" nuestra selección de un lenguaje es simplemente su practicalidad, su utilidad, su aplicabilidad. En este periodo, el trabajo de Carnap sigue un doble curso: por una parte, efectúa análisis de ciertos conceptos lógicos y, por la otra, estudia ciertas prácticas científicas. Todo esto desemboca en lo que se vino a conocer como la 'lógica de la confirmación'.

Cirera retoma ciertos temas abordados en páginas previas. Se nos hace ver cómo la introducción de la noción de observación representa un rompimiento definitivo con las antiguamente compartidas posiciones de Neurath. La idea de lenguaje-cosa aunada a la idea de reducibilidad de ciertos términos a otros culmina en la tesis del fisicalismo, sólo que ésta es reinterpretada. Se sigue aceptando que todos los términos de las ciencias son en principio reducibles a los términos de la física, pero ahora se pasa a sostener que los términos de la física son reducibles a términos "observables" del lenguaje-cosa, esto es, del lenguaje cotidiano. Carnap es un empirista sólo en el sentido de que piensa que la "propuesta" de un lenguaje extensional empirista es viable y más útil que la de cualquier lenguaje alternativo. Una consecuencia útil de estas discusiones es que hacen evidente que la idea misma de verificación (y, por ende, el principio de verificación o de verificabilidad) era redundante en el pensamiento de Carnap

(y, en verdad, en el de muchos de los miembros del Círculo de Viena). Si Cirera tiene razón, ni en el *Aufbau* ni en *Logische Syntax* ni en *Testability* tiene cabida el verificacionismo. El holismo asumido por Carnap lo repele. Lo que importa es la confirmabilidad de las oraciones sintéticas y ello depende no de su supuesta verificación aislada, sino más bien de su integración en el sistema justificacional considerado como un todo. En contra de lo que Hempel diría algunos años más tarde, para Carnap sencillamente no hay tal cosa como un “criterio empirista de significación”.

Si los capítulos estrictamente filosóficos del libro de Cirera son en verdad espléndidos, los histórico-filosóficos son soberbios. Sin duda alguna, la gran aportación de Cirera para la historia de las ideas es haber mostrado en detalle que la tesis verificacionista fue una idea (pasajera, pero quizá inevitable) del efervescente Wittgenstein de los años 30, adoptada en el Círculo de Viena básicamente por Schlick, pero abiertamente rechazada por Neurath e inservible para los objetivos filosóficos de Carnap. Su otra gran contribución la constituye lo que podríamos llamar el ‘redescubrimiento’ de Otto Neurath. Por lo menos hasta donde tengo conocimiento, nadie ha efectuado una reconstrucción tan detallada y tan penetrante de la estructura y el funcionamiento del Círculo de Viena, de la riqueza de sus intereses, tanto filosóficos como políticos, de las discrepancias teóricas y las rivalidades personales que prevalecían entre sus miembros, como la lograda por Cirera. Revelador resulta, por ejemplo, el estudio del papel desempeñado por Morritz Schlick, quien a final de cuentas no sale tan bien parado después del escrutinio. Por ejemplo, Cirera justificadamente concluye que “Schlick is a less original thinker than his adversaries in the Circle” (p. 81). Confieso que no veo cómo, después de leer el capítulo, alguien podría sensatamente cuestionar dicho diagnóstico, lo cual no deja de ser un resultado interesante puesto que, después de todo, Schlick era el líder del grupo; se confirma, asimismo, algo que ya sabíamos, verbigracia, su sometimiento intelectual cada vez mayor, su rendición cada vez más completa ante Wittgenstein. Empero, lo que resulta un regalo para quienes se interesan por el conocimiento de las vidas de los grandes pensadores es la descripción y el rescate de la descollante personalidad de Otto Neurath, tan injustamente

olvidado, como podemos ahora apreciar, y que es el material de uno de los dos magníficos capítulos de orden histórico.

El capítulo consagrado a Neurath es de antología. Para encontrar a alguien en el que se sinteticen, por una parte, tantas cualidades intelectuales y teóricas y, por la otra, la amplitud de intereses que Neurath contemplaba tenemos que pensar en hombres como Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant o Russell. Pero, a diferencia de tantos grandes pensadores del pasado, algo que dota de un brillo particularmente intenso a Neurath es que era, además de íntegro, un hombre de acción. En Neurath encarna algo que cuando es genuino, como en su caso, es maravilloso e inclusive conmovedor: pensamiento filosófico de primera línea al servicio de ideas socialistas, compartidas (dicho sea de paso) por su amigo Rudolf Carnap. Pero entonces nuestro cuadro del Círculo de Viena debe alterarse drásticamente. Lo que Cirera logra es, pues, una muy seria reevaluación del Círculo de Viena. En el caso de Neurath, esta combinación de teoría y práctica se manifestó del siguiente modo: partiendo de posiciones políticas progresistas y firmes, Neurath desarrolló su antifundacionalismo y su doctrina del pseudoracionalismo, su concepción de la unidad de la ciencia y su peculiar fisicalismo, su sociología (de corte marxista), su rechazo de la metafísica (“the reactionary ideology upheld by the class enemies of the proletariat” (p. 111)), su teoría de la comunicación, su rechazo de la noción de verificación, sus tesis acerca de las oraciones de observación o protocolares, su peculiar teoría de la verdad ligada a su conductismo (aceptación o rechazo de oraciones), su programa “enciclopedista” y su permanente acción política. Si con alguien estuvo en deuda filosófica Carnap, maestro de tantos filósofos renombrados, ese alguien fue, aparte de Frege, Otto Neurath. Sin exageraciones, a través de explicaciones claras, Cirera nos entrega un Neurath que bien podría pasar como prototipo de intelectual completo, integral, de hombre que combina la investigación científica y filosófica con genuinas preocupaciones de orden social y praxis política. Su vida y su trabajo, afortunadamente recuperados para nosotros por Cirera, es el mejor testimonio de que Neurath era un auténtico coloso, echado al olvido por contingencias históricas.

Es difícil criticar un libro que, como lo he dicho, uno considera excelente. No obstante, hay detalles en él que se prestan a

la polémica, por no decir que la suscitan. Por mi parte, creo que pueden elevarse dos grandes grupos de pequeñas protestas. En primer lugar, pienso que no se destaca con suficiente fuerza (¡en un libro tan meticuloso como éste!) la influencia del *Tractatus* sobre el pensamiento de Carnap, una influencia que rebasa con mucho la mera concepción de las verdades de la lógica como tautologías; segundo, no se cuestionan con la debida fuerza intuiciones carnapianas claramente absurdas. No creo que haya mucho qué decir respecto al trabajo técnico de reconstrucción de las ideas de Carnap, pero sí se siente la ausencia del cuestionamiento de sus premisas básicas. Intentaré hacer ver por qué podemos pensar que estamos justificados al sentirnos insatisfechos en relación con estas dos facetas del trabajo filosófico de Cirera.

Empecemos con Wittgenstein. Las exégesis que ofrece Cirera de diversas proposiciones del *Tractatus* son convincentes y sus aclaraciones están presentadas (algo nada fácil de lograr después de lustros de discusiones al respecto) de modo original. No puede decirse, por lo tanto, que se deforma el pensamiento de Wittgenstein. Tampoco son mayormente preocupantes frases aisladas (y no justificadas) como “the indigestible ideas about ‘the mystical’ that Wittgenstein’s book contains” (p. 42), “the obscure and surely unsustainable doctrine which appears in the *Tractatus*, defending the idea that the propositions of mathematics are equations” (p. 151), “the metaphysical chimeras of the *Tractatus*” (p. 215) o “the indigestible aphorisms of Wittgenstein in the *Tractatus*” (p. 346). Ciertamente hubiera sido interesante enterarse, por ejemplo, de por qué la original posición del *Tractatus* en el sentido de que las matemáticas no se componen de proposiciones sino de ecuaciones (reglas para la sustitución de signos) es “insostenible” o por qué las reflexiones de Wittgenstein sobre los límites de lo decible son “indigeribles” o meras quimeras. Afirmaciones tan delicadas como éstas son, desde luego, cuestionables, sobre todo porque no vienen apoyadas por argumento alguno, pero me parece más grave todavía adscribirle a Carnap la paternidad de ideas de primera importancia pero que, estrictamente hablando, sencillamente no eran de él. Como vimos, por ejemplo, el “antipsicologismo” de Carnap lo llevó a desdeñar lo que normalmente se entiende por ‘teoría del significado’. Él aspiraba, como vimos, a desarrollar

teorías puramente formales del lenguaje. Esto es sin duda alguna interesante, sólo que está directamente extraído del *Tractatus*. En efecto, en 3.33, Wittgenstein afirma: “En la sintaxis lógica el significado de un signo no debe nunca desempeñar ningún papel; éste debe poder establecerse sin para ello tener que hablar del significado de los signos; sólo puede presuponerse la descripción de las expresiones.” De ahí su demoledora crítica de la posición de Russell: “A partir de esta observación podemos pasar a la ‘teoría de los tipos’ de Russell. El error de Russell se muestra en que para establecer las reglas para los signos tuvo que hablar de los significados de los signos” (3.331) (traducciones mías). Y este desconocimiento de la originalidad de muchas ideas de Wittgenstein vale también para Neurath. Por ejemplo, la idea de Neurath de que “las teorías científicas son instrumentos para hacer predicciones, no medios para el conocimiento de la realidad” (p. 109) está más que acreditada en el *Tractatus*, en donde se nos dice, primero, que las leyes de la ciencia son como mallas para atrapar estados de cosas (6.341 *i passim*) y, segundo, que es una “ilusión” pensar que las leyes de la naturaleza son explicaciones de los fenómenos naturales (6.371). Por último, está bien señalar que el famoso principio de verificación es una aportación más del Wittgenstein intermedio y no la piedra de toque del positivismo lógico, como siempre se nos hizo creer, y que por lo tanto las críticas al principio dejan intacto gran parte del edificio construido por los miembros de Círculo de Viena, pero también habría que haber señalado el ya bien documentado plagio por parte de Carnap de la idea wittgensteiniana del “lenguaje fiscalista” (véase Hintikka, *Investigating Wittgenstein*, pp. 145–147). Por razones como éstas, creo que hay un cierto desequilibrio en la apreciación histórica de los filósofos involucrados.

Son en verdad muchas las tesis cuestionables de Carnap. A éste se le puede acusar de circularidad en su explicación puramente formal del significado (“To indicate the meaning of a word is to give it a definition or a translation in another language” (p. 170).) Es claro que este proceso no se puede extender *ad infinitum*. Carnap nos asegura que la elección de lenguajes es arbitraria: todo depende de cuán bien nos funcionen. Pero ¿por qué nos funcionan mejor unos que otros? ¿no será que el mundo tiene algo que ver en ello? La noción misma de lenguaje que Carnap hace suya es quizá ininteligible: ¿qué tiene que ver un

*lenguaje* con la derivabilidad de las verdades de la aritmética? Cabe preguntar: ¿se está hablando de un lenguaje o más bien de un mero cálculo? La idea de un lenguaje que nadie habla, de un lenguaje para cuyo estudio sus usuarios son inesenciales, un lenguaje que podría no ser hablado por nadie, es más que sospechosa y es con esa idea que Carnap trabaja. Si una idea así es cuestionable, el solipsismo metodológico de Carnap pierde mucho de su utilidad y atractivo. Asimismo, pocas cosas son tan absurdas como la “reducción” de la psicología a la física. El trabajo técnico de formalización de oraciones es asombroso, pero ¿no era claro acaso que el proyecto mismo estaba filosóficamente desencaminado? Por otra parte ¿no termina Carnap más bien en un reísmo, a la Kotarbinski, que en su supuesto “fiscalismo”? La concepción carnapiana de “significado lógico” ¿no está abiertamente expuesta a la destructora crítica de las primeras 80 secciones de las *Philosophische Untersuchungen*? Éstas y muchas otras dudas acerca de la filosofía de Carnap podían haberse, si no discutido en detalle, por lo menos planteado explícitamente. Es evidente, por otra parte, que de haberlo hecho el resultado habría sido una obra mucho más extensa y tal vez menos “digerible”. Por ello, el no haberse hundido en multitud de discusiones a las que dan lugar las filosofías de Carnap no puede influir en demérito del libro de Ramón Cirera. Es menester, por lo tanto, no dar lugar a ambigüedades, titubeos o ambivalencias, y dejar asentada mi opinión respecto al libro reseñado: se trata de una contribución sumamente original, una aportación definitiva a la temática. Escrito en una prosa elegante y sobria, *Carnap and the Vienna Circle* es un libro del que se aprende, de lectura absorbente y es, por las razones aducidas en este breve homenaje, un libro recomendable de principio a fin.

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS